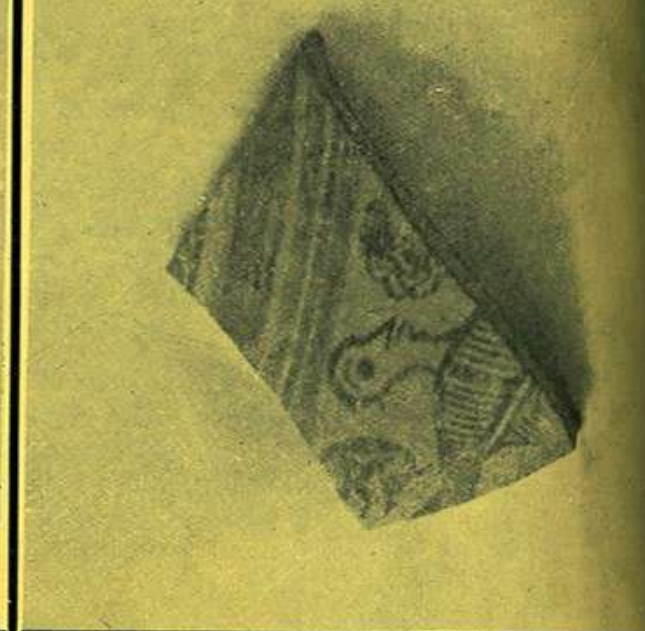




Betania

Julio 1961



Francisco Escolano Gómez

La diosa Tanit del Campet

Ha sido un buen hallazgo éste, recientísimo, de la diosa Tanit en tierras del Campet, propiedad de don José Pérez Lucas, no lejos del río.

¡Tanit! ¡La desventurada Kora o Persephone o Proserpina, hija de Deméter, que fue arrastrada por Plutón a su sombrío reino infernal cuando se entretenía con sus compañeras las ninfas cogiendo flores en una pradera esmaltada de rosas, de violetas, de azafrán y de lirios!

¡Kora o Persephone o Proserpina, deidad griega incorporada a la religión cartaginesa con el nombre de Tanit como diosa de la muerte, llevando sobre su cabeza aún el kálathos o cestillo en que depositaba las flores aquel aciago día en que la sorprendió en la pradera luminosa el dios de los infiernos, y la llevó consigo para desposarla!

¡La diosa de la muerte! ¡La que presidía las incineraciones humanas! ¿Qué artista o artesano vació en el molde la arcilla que perpetuó la imagen de la divinidad? ¿De quién sería aquel cadáver, de guerrero o de comerciante, de dama o de cortesana, que allá entre los años 237 y 209 antes del Señor nuestro ardió sobre la pira, bajo la inquietante mirada de esta Tanit?

Pues esta arcaizante estatuilla de perfil griego, de tristes ojos, de labios contraídos en sonrisa estoica, con las cinco flores de su kálathos —acaso cinco amapolas simbolizando el sueño eterno—, estuvo sujeta al poste que se alzó junto a la hoguera crematoria; fue

envuelta por los humos y las llamas y por los aromas que se derramarían piadosamente sobre el muerto y, cuando los ritos funerales acabaron, quedó allí sepulta entre las cenizas de la pira y del cadáver. Y por eso ahora nos llega, pasados más de veintidós siglos, ennegrecida, requemada, y deja en nuestras manos el polvo de ceniza que quedó en los cinco agujeros de su Kálathos floral y el que se incrustó en los repliegues de su hueco interior.

Y se nos ofrece en el Campet, tierra nutricia de calidad y de abundancia, de frutos de golosos azúcares y suavísimos perfumes, que, bajo un silencio de ánfora luminosa, también es tierra de hondísimo abolengo histórico.



Sigue Y viene a darnos, desvelando un misterio, la certeza de que los cartagineses pusieron su pie en el Campet. Porque sabíamos desde hace pocos años que allí hubo un poblado ibero-romano lindando con el río, pero ignorábamos la presencia de los cartagineses.

Por modo que hasta la invención de Tanit, la historia se nos presentaba así:

Un periodo muy remoto al que alude la *Ora Marítima*, poema latino de Rufo Festo Avieno, compuesto en el siglo IV antes de J. C. utilizando para su redacción el texto de un periplo masaliota de unos doscientos años antes, el cual, refiriéndose a las riberas del Vinalapó —y por tanto a las del Campet, ceñidas por este río— dice: «Los gimnetes se habían establecido en estos lugares, ahora abandonados, y el sonoro Alebo se desliza por ellos carente de vecinos en ambos lados».

Otro posterior, con la certeza de que a este Campet, que, a decir del poema de Avieno habría quedado desierto, acudieron los iberos en el siglo III a. de J. C., estableciendo allí un lugar de cuya importancia no es posible por hoy dar testimonio, pero cuya evidencia acreditan los fragmentos de cerámica que afloran por doquier.

Y otro más reciente en que, sometidas estas tierras a Roma el 209 antes de J. C., convivieron iberos y romanos en el mismo poblado, porque así resulta también de la cerámica fragmentada, de las piezas casi completas que poseemos, y de una moneda del siglo I de J. C. allí recogida.

En efecto: del siglo III proceden ciertos trozos de cerámica con borrosas muestras de decoración geométrica en fajas; del II, abundantes fragmentos ornamentados con círculos, semicírculos, sectores triangulares de círculos concéntricos, líneas ondulantes y en zig-zag, e incluso con dibujos vegetales estilizados, y una hermosa ánfora romana; y de fines del I y del comienzo de la Era cristiana, un bello candil, algunos tiestos de «terra sigillata» y una moneda de cobre con el busto de Calígula, acuñada en Turiaso (Tarazona), y cuya leyenda, traducida, reza: «Tiberio César, hijo de Augusto. Emperador. Pontífice máximo».

Pero reconstruida, elementalmente desde luego, la historia antigua del Campet con los expuestos datos, nos preguntábamos: ¿Cómo los cartagineses, que en su segunda

invasión de España el 237 a. de Cristo, tras de avanzar por las costas desde Cádiz, llegaron a Alicante donde fundaron a *Ākra Leuka*, y a Elche donde sufrieron la famosa derrota que costó la vida a *Āmilcar*, ahogado, según ahora se sostiene, en las turbulentas aguas de una avenida del Vinalapó (¡el sonoro Alebo!), no acamparon en el Campet?

Y he aquí que esta diosa Tanit, descubierta por un tractor al desfondar una parcela de tierra, nos dice que sí, que en el Campet hubo cartagineses, y nos permite pensar que posiblemente lo alcanzarían remontando desde Elche el curso del río, y que lo más probable —aunque no se hayan puesto de manifiesto otros enterramientos— es que en el lugar donde se encontró el busto de la diosa exista soterrada una necrópolis púnica, tal como acontece en la Albufereta de Alicante.

¡Los gimnetes! ¡Bravos guerreros, de quienes se dice que se llamaban así porque peleaban desnudos!

¡Las riberas del Vinalapó, abandonadas por los gimnetes sin que sepamos la causa!

¡El Vinalapó —y por favor, paisanos míos, no escribáis Vinalapó, porque escribiríais mal, si tal hiciéseis, el nombre de nuestro río—, camino de invasiones desde el mar cercano a su desembocadura, y cuyo nombre, tan parecido al etrusco «*Ālapo*», ha sido uno de los apoyos filológicos invocados por los historiadores para establecer la posibilidad de una invasión etrusca a España!

¡El Vinalapó, que de «*Ālapo*» habría pasado a «*Alebus*» en latín, pero que entre nosotros sigue siendo «*Vinalapó*», acaso por contracción de «*Flum-Ālapo*!»

¡Los iberos, que propiamente serían tartesios si, como parece, el reino de Tartessos llegaba hasta el cabo de la Nao!

¡Los romanos, padres de nuestra occidental Cultural!

¡La diosa Tanit, coronada de flores, triste, severa, moldeada sin duda, bien por algún artista griego de los que llegaron con las tropas de Cartago, o bien por algún ibero que, mercenario de estas tropas, estuvo en el sur de Italia, donde se familiarizaría con el arte helénico!

¡La diosa Tanit, silenciosa, sí, pero con la elocuencia de un silencio bastante para que leamos en él páginas de ignorada historia!